

TRANSICIONES

En Morón, allá en el modesto hogar de mi morada, apenas, llegando de la común trotera calle, en el zaguán penetro, desde el jardín me invade una onda de perfumes intnsa, sutil y evocadora, que a lo más hondo de mi ser se interna, acariciante.

¿ Será el arrullo de un sueño de armonías ? ¿ Un coro de hosannas que lo viviente entona a lo que crea ? ¿ !Intimo anhelo que a expandirse aspira ?

Y dentro ya en el jardín me maravilla la solícita premura, con que, a los dones del propicio ambiente, corresponden las flores, brindándole a porfía fragancias y límpidos colores... la armónica fusión de antiguos aromas y recientes; y entre tanta belleza me cautiva el aura de gracia y de poesía que, palpitando en el todo cual mágico encanto que infundiera risueña expresión a la vida, genera en mi mente un revoloteo de ideas sugestivas, que en suave gradación la conducen al laberinto del enigma; e intrigado me interrogo: ¿ Es posible que la materia efllore su propio contenido ? ¿ o es la esencia que anima a la materia ? ¿ o una y otra no son sino manifestaciones de otra unidad de múltiples facetas ? o es que, tal vez... ?

Quizá la mente, incitada por la calidez del sentimiento, discernió dudas más hondas; y en la rápida sucesión de ideas sugeridas las unas por las otras, me engolfé, sin desearlo, donde la Esfinge impera, cuya mirada aparentemente irradiante de elocuencia nada concreta en realidad, mas donde, al querer interpretarla, cada uno ve en ella y le atribuye la significación que emana de lo que lleva dentro de sí mismo.

Vagando el pensamiento en lo abstracto y la mirada contemplando el jardín veo llegar por los caminitos, picoteando alimentos, una pareja de torcacitas aquerenciadas, que en su despreocupación parecían satisfechas de hallar, en el misterio del amor, natural y sencilla solución a todos los demás misterios. ¿ Será el Amor la senda que conduce a la Belleza ? Así creo, lo entendió, al fin, deseando rejuvenecer entonces, el clásico y anciano doctor, que todos conocemos.

Simultáneamente se hizo perceptible la llegada de sonidos musicales que, arrullando al sentimiento, sustrajeron la mente del laberinto en que se había desviado y la orientaron hacia el sendero lírico del horizonte poblado de sutiles cuchicheos de ideales sugerídomes por las primeras inspiraciones de belleza, de gracia y de poesía.

Irene ejecutaba en el violín...

Hay en su historia argumento para un tema de alto vuelo, pero aquí, en breve paréntesis, daré tan solo pocos detalles.

Un percance vulgar le hizo desfigurar un poco el rostro y perder la vista. El prometido, un caballero de urbana y correcta galantería, sabido que hubo la importancia desastrosa de lo acaecido, aunque visiblemente contrariado, se creyó autorizado para desvincularse de ella. Al serle posible, lo primero que ella interrogó se refirió a él... No tardó en comprender toda la verdad; y al tener la intuición de la magnitud de su desventura si fué grande su dolor, no menos lo fué su entereza de ánimo.

Hay personas, exponentes, quizá, de lo más altos valores morales de que la humanidad ha llegado a posesionarse, a quienes las circunstancias excepcionales dan oportunidad de desplegar la dignidad que atesoran en la grandeza de su alma. Ella es una. Ni un lamento, ni una manifestación de odio; pero una visible evolución se ha operado en sus sentimientos; algo en ella se ha ido acendrando en plenitud; y hoy una serenidad desconcertante transfigura sus manifestaciones espirituales. A pesar de no ver es tan amplio el hór-

zonte que da norma a su criterio! Tamaño dolor ha engendrado tan noble señorío en su gentil y tolerante benevolencia !

En momentos oportunos ejecuta trozos con tal dulzura y claridad en el timbre, con un ensimismamiento tan elocuente entre su personalidad y su música !

Suele animar con vibración tan sentida y calurosa a los temas melancólicos, e infundir tal amplitud creadora en la armonía, que al escucharla sospecho el secreto de su serenidad : su naturaleza, cual arrullo maternal, ha hallado el cauce en que transfigurarse y verterse.

Ella era la que, en ese instante, inadvertidamente para mí, había comenzado a ejecutar un tema; y quizá era de ella de donde emanaba aquella gracia poética difundida en el jardín, que me había tan gratamente afectado al entrar.

El tema se insinuaba con un trémolo a la sordina. Los giros musicales simulaban tímidos aleteos íntimos que pugnarán por asomarse a la vida y temieran a la vez; al mismo tiempo en la gama de matices fluían los motivos de indecisión y de esperanza; tras ellos seguían otros (ya no a la sordina) de paulatina afirmación, indicando el pase de lo melódico a lo sinfónico, de lo sentido a lo pensado, de la duda a la resolución, y por fin, como en un himno triunfal un majestuoso armonizar, amalgamando ambos motivos del sentimiento y de la mente en un moderado "crescendo" de apoteosis.

Mi ánimo se plegaba ya en recogimiento agradecido a las caricias envolventes y mi atención se aprestaba, intuyendo por lo nutrido del tema la amplitud del desarrollo, cuando he aquí que a un aldabonazo en la puerta de calle sigue la voz de mi amigo alterada por la vehemencia, que sin percibir nada grita más que me dice: Dichoso de ti; envidio tu tranquilidad. (Desentonaba tan crudamente todo esto que la música cesó al momento).

Y él, incontenible, si ver ni oír nada, se allegó a mí, continuando: Perdóname si he venido a turbar tu sosiego, pero la desesperación me conduce aquí; escúchame...

Omito narrar su descripción patética de afecto, de amor desventurado, de esperanzas frustradas, etc... Quizá no disimulaba yo la contrariedad que me embargaba, mezcla de disgusto por su llegada intempestiva y de placer por verle, pues que él prosiguió: Agradezco tu amabilidad y tus consejos, pero te aseguro que me encuentro incapacitado para producir nada; a mi que... me parece un absurdo pretender convertir esta pasión en un motivo de comedia; y sospecho que los autores que citabas al escribir sus obras sintieron más admiración por sus heroínas, u otros sentimientos, que verdadero amor.

Parece que mi amigo no ha tenido la oportunidad de observar que los seres inferiores son los que más se aferran y adaptan a la vida tal como las circunstancias la deparan, en tanto que otros, probablemente de personalidad moral más compleja, ante circunstancias desfavorables, acrisolan los tormentos e inquietudes de su sensibilidad, disciplinan su voluntad; y al crear formas ideales, objetivar y definir sentimientos que palpitan indefinidos en los demás se convierten en heraldos de lo que hay de más excelsó en la raza humana; otras veces, más modestos, engarzan en una joya de común apariencia una pequeña perla de homenaje. Además, para sentir inspiración y tener voluntad de producir es menester ser sensible a los problemas, miserias y triunfos que se agitan en torno nuestro.

Abrió, mi amigo, su corazón con un lenguaje espontáneo y conmovido tan rico de emoción, con una expresión tan respetuosa y digna, con tanta calidez de tierno afecto impregnado de desconsuelo que no pude menos que decirle: pero hombre, si ella te viera y oyera así quizá su corazón no permaneciera insensible; a ella no a mí, debieras hablar en esa forma, pues que del trato y conocimiento mutuo nace el amor.

(Así le dije sin lealtad a mi propia opinión, pues para mí, las personas cultas nacidas para amarse, si no intervienen extraños factores, sienten la mutua atracción de sus sen-

timientos en cuanto hayan hecho algún intercambio de ideas y quizá tan solo de miradas; todo lo demás es relativo).

Ante tal ocurrencia mía me dirigió la mirada iluminada de esperanza; se agolparon ideas en su frente; iba a hablar, se contuvo, sonrojó, miró a lo lejos y suspiró.

Comprendí que algo se reservaba.

Al hacerle algunas observaciones llegamos casi a disputar: ¿Quién es capaz de concordar con un enamorado, a menos de halagarle la pasión?

La despedida fué cordial, pero en la íntima tristeza que se reflejó en su mirada creí comprender que no le había sido útil, antes bien parecía que su desconuelo se hubiese acrecido.

Habiéndole acompañado un corto trecho, al regresar yo ambulé hacia el jardín, preocupado y con un dejo de ansiedad, quizá con la secreta idea de que continuara aquello que la llegada del amigo había truncado.

A pesar de mi distinto estado de ánimo debí sentir esa esperanza, porque al observar en torno me chocó el aspecto casi desconocido del jardín. Parecía como si en el intervalo gnómos traviesos y joviales se hubieran entretenido en cambiarle la apariencia. Aquella aura de gracia poética, que infundía tanta expresión a la belleza y que al entrar me había cautivado, ahora había sido ahuyentada y su lugar era sustituido por una expresión de lucha tenaz que me produjo una extraña sensación.

Cada rama, hoja o flor cobraba más nítida realidad, despojada de todo idealismo y hasta en oposición a él. Imaginé ver como si el dinamismo cósmico, inspirado por no se que poderosa voluntad, infundiera en las células vegetales un soplo animador que las personificara en gnómicas figuras, sonrientes entre burlones e irónicos, por mi estupefacción; y creí oír: La vida es el producto de factores, que la hacen posible; todo lo que respira, toda la materia organizada puja para perpetuarse; hay una lucha implacable entre lo que vive y el ambiente, en que al lado de lo que triunfa está lo que sucumbe; y hasta la hermosura de las formas no es sino una mejor adap-

tación al medio. Hay conciencia, inteligencia, intuición y otros atributos y cualidades donde haya órgano que luche por sustentarse y sustentarlas; y la actividad depende de su dinamismo y organización.

¿Es el órgano que hace la función o es ésta la que modela al órgano? me preguntaba a mí mismo, y me disponía a replicar a lo otro con argumentos de la "Evolución creadora", pero signándome silencio prosiguieron:

Lo que en nosotros es lucha con el medio, en Vds., seres de mayores aptitudes, se traduce además, en lucha entre ustedes mismos, en la cual no triunfan, por lo general, en la vida práctica, los mejores para la civilización, sino los más rapaces, carentes de cualidades para estimar lo "divino" que hay dentro de lo humano, escudando la mezquindad de su proceder en las imperfecciones de la sociedad y en "así es el mundo"; y cuando a la mayoría de los hombres durante la gestación de la experiencia diaria, se les han aplacado los más nobles y generosos sentimientos, les queda aún el egoísmo como aliciente de la vida.

La ironía era intensa; y yo notaba que aquel dejo de ansiedad y preocupación con que regresé al jardín aumentaba de tristeza.

Ellos continuaron con un tono firme y benevolente: Los grandes pensadores, que habiendo sentido ampliamente la sinfonía del dolor humano y del mayor de todos: la Muerte, y que por esa causa se han inclinado al pesimismo no han penetrado, guiados por la pequeñez del individuo, toda la amplitud de belleza humana abarcada en ese misterio. Gracias a ella es posible la evolución; gracias a la muerte impera en las criaturas, incensantemente renovadas, la plasticidad que nutre de savia y hace mantener enhiesta a la clásica antorcha siempre encendida, que las generaciones corriendo una en pos de otra se van cediendo sin detener la marcha hacia el ideal de los más altos valores que dignifican la raza humana y embellecen la vida.

Esto último lo dijeron los gnomos con un tono amigable y hasta nostálgico, cual si, hallando la explicación satisfactoria de las imperfecciones anhelaran pertenecer a nuestra especie.

La gravedad y trascendencia de lo discurrido con apariencia casi festiva hizo que, recapitulando, elevara a lo alto la mirada. El espacio etéreo y profundo brillaba con una claridad azulina, inmaculada. La infinidad de astros que lo pueblan, haciendo en ciertas noches el efecto de un fantástico enjambre luminoso, parecían ahora alejados, eclipsados por la luz del sol. Cuántas incógnitas aquí y allá, me dije; y rememoré la posibilidad de que la adquisición del órgano psíquico, su cualidad, y la evolución biogenética de la inteligencia guarden relación no sólo con el crecimiento energético de la especie, sino también con factores químico-dinámicos, que intervienen, por el equilibrio intersideral, en la evolución del ambiente cósmico; y en un ligero recorrido del esfuerzo realizado desde hace largo tiempo por la razón, en su necesidad de orientarse y dar una satisfactoria explicación de tantos misterios, me pareció posible que estuvieran en lo cierto los que confían en que sea la Astronomía, esa ciencia tan antigua y que, no obstante, por la magnitud y complejidad de los factores y fenómenos que le incumbe estudiar, se halla aún en los comienzos de su desarrollo, que sea ella ayudada por la Física y otras ciencias, la que aporte nuevos elementos de juicio, que concordando con los de la Biología establezcan un equilibrio para el pensamiento, abriendo entonces un más firme y amplio cauce a la Filosofía.

Al volver a mirar al jardín, en actitud de platicar estas últimas reflexiones, me hallé con que todo había vuelto a la condición en que la generalidad solemos verlo por lo común; y entonces mi estado y las sucesivas impresiones tan distintas que en breve intervalo me habían afectado hicieronme sentir desorientado en una sensación de soledad; y humilde me alejé de allí, como aquel que ante lo infinito de lo arcano pliega sumiso las alas.

NICOLÁS JULIANO.

Junio de 1920.